

tololoche (Jas Reuter, *La música popular de México*, Panorama, México, 1980, p. 609).

Sabemos que, en los primeros tiempos de los descubrimientos y las conquistas, era frecuente el fenómeno de expresar con palabras españolas, casi siempre con notable distorsión, realidades americanas, para las que existía una denominación precisa en la lengua indígena. Llamaban, sea por caso, *lagarto* al *caimán*, *tigre* al *jaguar*, *león* al *puma*, *pavo* al *guajolote*, *cuervo* al *zopilote*, *zorro* al *aguará*, *pimiento* al *ají* o *chile*, *redes de algodón* a las *hamacas*, *culebra* o *sierpe* a la *iguana*, etcétera. En otros casos se da una mejor sinonimia, aunque siempre persisten imprecisiones: es el caso, por ejemplo, de *ortiga* por *chichicascle*, *almuerzo* por *itacate*, *babosa* por *tlaconete*, *cesto* por *colote*, *abejorro* por *jicote*, *zapapico* por *talache*, *cobija* por *tilma*, *cargador* por *mecapalero*... También hay casos en que la sinonimia parece resolverse a favor de la lengua indígena: *cempasúchil* mejor que *flor de muerto*, *jacal* mejor que *choza*, *tecolote* mejor que *lechuza* o *búbo*, *zacate* mejor que *hierba* o *pasto*. Todas estas palabras, ya sean españolas ya sean nahuatlismos, hacen referencia a realidades americanas que pueden expresarse por medio de una voz española o de un nahuatlismo. Lo interesante de voces de origen náhuatl, como *jocoque*, *taninole* y *tololoche* es que aluden, al menos parcial o indirectamente, a realidades europeas. Hay otros nahuatlismos, mejor conocidos y de mayor empleo entre los mexicanos, que también parecen hacer referencia a realidades no precisamente americanas: *machote* por *forma* o *esqueleto* ('formulario'), *papalote* (de *papalotl*, 'mariposa'), por *cometa*, *cuico* (de poco empleo hoy por *policía*... ~

El triángulo de las Blasco

Eduardo Casar

Gonzalo Celorio.
Tres lindas cubanas, Tusquets,
Colección Andanzas, México, 2006.

Yo salí en la primera novela de Gonzalo Celorio, bajo el pseudónimo de "Eduardo". Satisfecho por mi actuación el autor me pidió que trabajara en esta que hoy se presenta.

Pocas veces se le concede a un personaje de una novela la oportunidad de expresar públicamente sus sentimientos en torno a las acciones en las que un escritor lo ha involucrado.

Ya me imagino yo la jeta con la que hubiera llegado Ana Karenina a quejarse, toda enyesada, del empujón que le dio Tolstoi en la estación del tren.

O la cara que hubiera puesto Dostoievski cuando Raskolnikov, ya viejito y más sabio por todas sus lecturas de Bajtin en Siberia, le reclamara el haberle cerrado como cualquier mono lógico las ricas posibilidades que le abrió en los primeros capítulos de *Crimen y castigo*.

Es famoso el pasaje donde el personaje de *Niebla*, de Unamuno, le reclama a éste que quiera matarlo cuando está tan contento de la vida literaria que lleva. Unamuno se emperrea en liquidarlo y el personaje, en un magnífico alarde de cizaña, le sugiere que diosito, famoso ya desde entonces por sus puntadas, acabará algún día con Unamuno de un plumazo, oprimirá la inexorable tecla de *delete*.

A fin de cuentas el que tuvo razón fue el personaje porque debo comunicarlos, con gran pesar, que Unamuno ha muerto. Y, en cambio, el personaje sigue vivo cada vez que uno vuelve a leer la novela. ~

Y en esa paradoja está el *quid* de *Tres lindas cubanas*.

La literatura de Gonzalo Celorio siempre ha tenido conscientemente el sello de lo autobiográfico. Incluso sus ensayos siempre dicen estoy en mi escritorio, etcétera y etcétera, la glicina florece y el barroco es el arte de la contraconquista. Gonzalo se resulta ineludible.

En su primera novela, *Amor propio*, el personaje, que va pasando de Moncho a Ramón y luego a Aguilar, a la altura de Ramón se estaba pareciendo mucho a Gonzalo. Lo que hizo entonces el autor fue meter a otro personaje, el profesor Juan Manuel Barrientos, que se pareciera más a él, para que así el lector avisado no identificara al autor con Ramón y éste pudiera cumplir su destino más relajadamente, sin pudor que viniera de adentro ni reclamos que vinieran de afuera.

El problema fue que el nuevo personaje resultó tan atractivo que Gonzalo lo nombró protagonista de *Y retiemble en sus centros la tierra*, su siguiente novela, la cual es un prodigio. Es un cuento cerrado, es un cuentote donde la prosa de Gonzalo, siempre nutrida por la enunciación poética, alcanza niveles inusitados de sinceridad emotiva. Porque ojo: es más fácil que uno lllore por la suerte de un personaje que por la suya propia.

Celorio es un hombre tocado por el lenguaje, trastocado por él. Su oído insomne, entrenado por el habla y la lectura silenciosa que resuena adentro, permanece siempre atento a las desafinaciones, a todo tipo de desafinaciones, pero sobre todo a las del lenguaje. Y por eso ha ido adelgazando (tanto él como) la línea que separa la vida de la literatura. Poco a poco, limando, les ama y exalta los contornos verbales a las cosas y ésa es su manera de apropiárselas, de transformarlas y de regresarlas para que los lectores podamos contemplarlas como nuevas.

Así se apropia aquí, en *Tres lindas cubanas*, de su memoria y la memoria más ancha de las Blasco, las tres lindas cubanas, machihembrando su suerte con otros horizontes: al oriente la tía que el libro dice que yo sí conocí, y que sí conocí; al norte la de Miami, que el libro y Gonzalo me han contado; al centro la madre en la que coronara al nacer el escritor. El triángulo de las Blasco, más peligroso que el de las Bermudas porque en vez de desaparecer hace aparecer personajes que se pueden volver inolvidables. Ninguna de las tres lindas cubanas tiene la culpa, y eso es un mérito del texto, que no es ni un juicio ni quiere ser absuelto por la historia.

A *Tres lindas cubanas* le digo "libro" para nombrarlo por afuera. La dura almendra problemática es que si digo "novela" van a creer que Castro es inventado. Pero si digo crónica o digo

testimonio van a pensar que todo lo que aparece es cierto, y si lo es, pero hay suturas, hay puentes contruidos para lograr congruencia entre las cosas, a la manera como todos inventamos nuestro informe del día, al llegar a la casa, para que suene bien y logre melodía. Y es que la realidad es inverosímil; la literatura es la que tiene que preocuparse porque alguien crea en ella.

Un hilo conductor de esta novela es la historia de las Blasco y su trifurcación. El otro, el hijo conductor, es la crónica de los viajes de Celorio a Cuba. Cuando uno viaja a donde sea confronta siempre la expectativa-imagen con una dimensión de carne y hueso, la dimensión más viva del olor y el calor que todavía no salen en las fotos. Viájesese a donde sea.

Pero Cuba no es donde sea. Su punto *ge* es político. Y donde manda el capi-

tán Ahab de la política no gobierna el Billy Budd de la moderación. El peor de los engaños de la ideología política es cuando quiere hacerse pasar por objetiva, como si fuera un territorio libre de la afectividad. Y no lo es.

El libro de Gonzalo es la crónica de un largo amor que sigue desenvolviéndose. Si lo trae en la sangre. La prueba de su raigambre está en el hecho mismo de este libro que nace. ¿Por qué preocuparse por su escritura? ¿Por qué no meterse, por ejemplo, en Honduras, y así desentenderse de la discusión y la pasión de la cosa cubana? Pues por valiente. Y por comprometido.

En este texto Gonzalo Celorio no se va desprendiendo de Cuba: se va reenanchando de una manera crítica y extiende hasta nosotros, con toda la madurez de una prosa difícilmente equiparable donde coexisten la poética y la polémica, esa Cuba suya para que con nuestra lectura pierda su insularidad.

No sé si será lo cubano del asunto, pero me están entrando unas tremendas ganas de hacer una autocrítica pública de mi actuación en la novela.

Solamente dos puntos: 1) donde dice que yo me pongo de rodillas a la salida de El Parísien y proclamo una huelga de sexo en la página 136 debe decir Gonzalo y no yo.

2) Gonzalo sí se tostó las venas cuando se quedó dormido en Varadero; yo lo pude impedir, pero a mí me inculcaron desde chico que a un amigo nunca se le debe hacer sombra.

Felicito a mi amigo, celorio que lo sea. Y declaro que estoy muy contento con mi desempeño en este libro. Sobre todo porque pienso que ya la hice: ya tuve un árbol la navidad pasada; ya escribí una hija de lujo, con sus pastas duras, que este año alcanzará treinta y una ediciones; y ya estoy plantado en un libro, donde seguiré viviendo muy bien acompañado, para los ojos lectores de más de tres lindas cubanas. ~

